



DOCUMENTO DE ANÁLISIS DEL IEEE 08/2010

ESTRATEGIA, GEOESTRATEGIA, GEOPOLÍTICA

(AGOSTO 2010)

La Estrategia puede y debe consistir en el arte de operar correctamente. Es la elección del modo correcto de operar en situaciones conflictivas. La Estrategia supone la presencia de voluntades hostiles entre grupos (sociales o políticos) organizados para la acción. Hay estrategia donde previamente hay una dialéctica de voluntades hostiles.

Solemos denominar guerra –en ocasiones también revolución o de manera muy genérica, conflicto- a la dialéctica de voluntades hostiles entre grupos sociales organizados que no encuentran en el riesgo evidente de una confrontación de grandes dimensiones y de sangrienta solución, motivo suficiente para evitarla.

Lo primero que encontramos unido al concepto de estrategia es el denominado Arte operacional. El Arte operacional supera en amplitud y en profundidad a dos ciencias (habitual y originariamente) consideradas militares (o castrenses) la Táctica y la Logística

Es Táctica, el arte (o la ciencia) habilitada para disponer, mover y emplear en un campo abierto (o teatro de operaciones) las unidades (o los medios) de combate, teniendo en cuenta misión (o finalidad), terreno (o espacio natural), enemigo (o rival) y la proporción de medios disponibles para los dos bandos (o ejércitos).

Es Logística, la ciencia que posibilita la efectividad de los recursos, tanto en términos de cantidad como de calidad. Se expresa en la obtención y en la distribución de medios a las unidades. Ahora bien, las nociones (muy próximas en el punto de partida) tanto del arte operacional como de la estrategia operativa no nos deben hacer olvidar que táctica y logística son deudoras de los medios para combatir allí donde la noción de estrategia se refiere a los modos de operar.

La Estrategia es el arte de concebir planes de operaciones que habrán de ser coherentes con la finalidad política que se pone en juego. Estos planes pueden ser utilizados o seguidos tanto para la acción como para la disuasión. El arte del estratega luce más cuando confía más en los resultados de una mera demostración de fuerza que en el uso de la fuerza.

De aquí que también sea estrategia el arte de conducir las unidades efectivamente reunidas bajo una autoridad hacia el objetivo que se considera decisivo. Queremos decir, hacia el objetivo cuya conquista produce una solución favorable de la situación dada.

Podríamos entender al concepto de decisión de otras tres maneras. La decisión, como propósito político del director de la guerra, abierta o declarada; la decisión, como designio estratégico del conductor de las operaciones en curso y la decisión, como resolución táctica de los mandos de las grandes unidades terrestres, navales o áreas en presencia.

Pues bien, lo más característico de cada estrategia está en el designio que elige como suyo el conductor de operaciones.

Estrategia es un vocablo de origen griego que sugiere una construcción por estratos, una formación por capas superpuestas. Algo que se debería mover (sin verse desordenado) en una concreta dirección. El estratega es el conductor de la operación en curso. O mejor aún, el guía del curso de las operaciones.

La Estrategia, como ciencia largamente experimentada por los ejércitos y por las marinas de guerra, es lo que determina el modo correcto de operar frente a los propósitos hostiles de un adversario declarado.

La Estrategia, como arte que brota en la historia sólo en algunas personas bien dotadas, es el resultado concreto de una dialéctica de voluntades hostiles entre los grupos sociales organizados que no encuentran en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla.

De la Estrategia se ocupan, en teoría, los notables tratadistas de la acción colectiva que sucede en una atmósfera conflictiva o polémica. De hecho, también se ocupan de estrategia los grandes capitanes situados al frente de las formaciones de combatientes en tierra, mar o aire.

La Estrategia es el arte de concebir planes de operaciones coherentes con todas las finalidades propias de una colectividad, -las políticas, las sociales, las económicas, las judiciales... También convive con las confrontaciones electorales y con las competiciones deportivas. El estratega concibe planes de operaciones para los efectivos humanos que habrán de ser conducidos hacia los objetivos decisivos (o quizás vitales) de una comunidad en riesgo o en peligro.

La racionalidad del estratega se mide por su acuerdo con las enseñanzas de unos teóricos, los notables tratadistas, acerca del fenómeno guerra (o de otros fenómenos análogos a la guerra) y por su armonía con las tareas de los conductores de las operaciones que hemos convenido en llamar los grandes capitanes.

El estratega no es el director de la guerra, función que corresponde al titular del poder político. El estratega es el conductor de las operaciones, que ésta es la función que le

define. El estratega no es el mando de las unidades en presencia, función que corresponde al jefe táctico y logístico, que es quien sabe manejar mejor los medios. El estratega es un mediador entre la Política y la Táctica.

En todo comportamiento colectivo hay fins, que conviene calificar de políticos, modos, que conviene denominar estratégicos y medios, que conviene llamar de fuerza (o militares). Los fines, se expresan en la forma de propósitos. Los modos, se expresan en la forma de planes (queremos decir de razones para operar). Los medios, se expresan en la forma de sentimientos que ayudan para luchar. El propósito político, exige que se concrete esta doble secuencia: un designio estratégico y una resolución táctico-logística. Es precisamente el carácter resolutivo, resuelto y decidido que ha de tener el empleo de los medios lo que explica que estemos hablando de sentimientos en este último o tercer nivel, el operativo, del arte de luchar o de guerrear.

El fin político, entendido como propósito de la voluntad, entra por el oído, es palabra. Y es, si fuera discutido, debate. El modo estratégico, entendido como designio de la razón, entra por los ojos, es visión. Y es, si fuera dibujado, un panorama. El medio táctico, entendido como resolución, entra por el tacto de las manos, es contacto. Y es, si fuera medido, esfuerzo: una comparación o un choque de fuerzas efectivamente presentes en el teatro de operaciones.

La Estrategia llena una esfera de conocimientos que no coincide con el de la Geopolítica ni aún convirtiéndose en Geoestrategia. Estrategia, Geopolítica y Geoestrategia tienen en la historia de las ideas diferentes comportamientos. Hay una evolución del pensamiento estratégico, una evolución del pensamiento geopolítico y una evolución del pensamiento geoestratégico. Lo que ocurre es que, mientras la Estrategia es ciencia muy antigua, formada ya en la Antigüedad Clásica, la Geopolítica no se desglosa de ella hasta finales del siglo XIX y la Geoestratégica no lo hace hasta comienzos del siglo XX.

Cabe, pues, seguir este proceso para su conocimiento riguroso.

- 1º.- Definiciones
- 2º.- Clasificaciones
- 3º.- Grandes maestros
- 4º.- Escuelas y Teorías

Una primera diferencia, que el estudioso de las realidades supranacionales, nacionales e intranacionales tiene que establecer para no perderse en meras conjeturas, es la que existe entre un notable tratadista y un gran capitán.

El tratadista escribe textos bien capitulados, lógicamente concluyentes sobre los problemas de la guerra y de la paz. El capitán general en jefe (comandante general de las operaciones en curso o en proyecto) se hace cargo de las operaciones en curso frente a lo que se le opone o resiste. Uno, es un hombre teórico de pensamiento. Otro, es un práctico, un jefe de carácter, útil para la acción arriesgada.

El balance histórico arroja dos listas diferentes. Quizás, en algún caso (Federico II, Napoleón) una persona misma, que disfruta de un poder político, aspire a estar en las dos relaciones. Pero no es ésta la cuestión que debe atender el estudioso. Dirigir la guerra no es lo mismo que conducir operaciones.

1.- CONCEPTO DE ESTRATEGIA

Una vez deslindada la noción de Estrategia de la zona conceptual donde se encuentran la táctica y la logística (militares) también conviene separarla del espacio por donde se mueven los propósitos del poder (político) que es también el ámbito de la ética (social).

La Estrategia recibe de la Política, directamente (y de la Ética, indirectamente) lo que habría de considerarse norma de obligado cumplimiento por estar íntimamente vinculado con el fin (la finalidad, el proyecto, el propósito de la acción). La Estrategia opta entre varios modos de satisfacer fines. Estudia ventajas e inconvenientes en términos dialécticos. Y aunque no los elige, sino que los propone en determinado orden de preferencia, siempre queda claro que la Estrategia se limita a responder precisamente de la racionalidad (o coherencia) del modo (militar) propuesto para operar por el poder (político).

Por analogía, podrá hablarse en otros ámbitos de lucha (no precisamente de lucha armada) de varios tipos de estrategia según en cada uno de ellos predominan fines políticos, sociales, económicos, judiciales, deportivos, comerciales, electorales o de éxito personal. Pero en la línea creciente de complejidad que contiene el tríptico “estrategia, geoestrategia y geopolítica” conviene reducir el panorama a la situación relativa de dos poderes en presencia con pretensiones hegemónicas, sean éstos las grandes potencias o las coaliciones con potencias medias o menores.

La introducción del prefijo “geo” tanto en la idea de estrategia como en la idea de política marca un proceso de modernización. Incluso de mundialismo, de ecumenismo, de universalismo y de globalización, fenómenos tan característicos de la denominada postmodernidad. Seguir esta evolución conceptual a lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX es una tarea apasionante, si bien no debe ser tan apasionada que nos haga olvidar lo que ha venido siendo la noción misma de estrategia en los tiempos modernos.

Cinco proposiciones nos permiten penetrar en el concepto clásico de estrategia asumido por la modernidad en Occidente:

- El objeto de la estrategia es el decir de un quehacer.
- La forma de la estrategia consiste en la lógica de la acción ya propuesta o emprendida.
- La materia de la estrategia se percibe como el arte de la distancia, mejor que como el arte de resolver victoriosamente el contacto con el enemigo.

- La estructura interna de la estrategia en proyecto se hace patente en la rigurosa comparación con el plan de operaciones del adversario.
- El contenido profundo de la estrategia en curso se muestra (o se demuestra) en la adecuada conducción de los ejércitos sobre el espacio (o zona de las operaciones) hacia el objetivo final.

Seguir la evolución de las ideas estratégicas vigentes en cada periodo histórico puede tener interés. Para una primera aproximación nos sirven los grandes capitanes de la historia universal acreditados desde la antigüedad a la que llamamos clásica. Valen también, los notables tratadistas que nos ofrecen las interpretaciones de las convulsiones bélicas más seguidas de consecuencias para la humanidad. Finalmente, son válidos los intérpretes del devenir de los tiempos que diseñan las cosmovisiones nacidas en torno al uso intencionado de la violencia de las armas. Todos estos estudios engendran erudición y aportan conocimientos.

De momento, es oportuno marcar un desplazamiento en la adjetivación del fenómeno estratégico generado por la envergadura de los sucesos bélicos y de los acontecimientos militares. Según este horizonte encontraremos (yendo desde lo simple hasta lo complejo) estas ocho denominaciones:

- 1.- Arte operacional
- 2.- Estrategia operativa
- 3.- Estrategia conjunta
- 4.- Estrategia general
- 5.- Estrategia combinada
- 6.- Estrategia total
- 7.- Gran estrategia
- 8.- Estrategia global

Estas ocho denominaciones nos permiten situar en una sólo escala a la mayoría de los estudios estratégicos actualmente a nuestra disposición. En el origen, predominó lo militar (castrense, bélico o guerrero). En el desenlace, lo civil (político, internacional o geográfico) tiene mayor incidencia.

1. El arte operacional, tradicionalmente, se clasifica en terrestre, naval y aéreo. Es el área predilecta del militar estudioso de carrera.
2. La estrategia operativa se centra en el curso de operaciones de duración media donde son imprescindibles las campañas, descritas, una a una, con vistas a las batallas que luego se consideran decisivas.
3. La estrategia conjunta subraya que están, presentes y coordinados, efectivos militares de tierra, de mar y de aire cuando no unidades espaciales.

4. La estrategia general incorpora ayudas y apoyos de la población civil aunque no alcance la incorporación de fuerzas auxiliares o de tropas irregulares. Incorpora al discurso consideraciones ideológicas, económicas, sociales, psicológicas, etc.
5. La estrategia combinada se lanza al amplio océano de las alianzas internacionales entre Estados Soberanos, allí donde el reparto de cometidos adquiere una notable complejidad.
6. La estrategia total (o mejor totalizadora) se refiere a una indebida absorción de lo político por el fenómeno de la hostilidad de todas las energías del hombre. Su precedente es la nación en armas (la movilización general del país para la guerra. Insinúa el concepto de guerra revolucionaria (o subversiva) desde la realidad de una guerra total (o absoluta).
7. La estrategia global culmina la transformación en una estrategia todavía clásica en geoestrategia. Previamente, los tratadistas optaron por el término Gran Estrategia para referirse a ella.
8. Las ideas estratégicas vigentes en cada época (o en cada periodo histórico) cada territorio (poblado y sobre políticamente organizado) y en cada coyuntura particular de una comunidad de hombres libres, han ido siendo sustituidas y relevadas por otras nuevas. Hoy estamos frente a una Estrategia global.

Hay, pues, en la historia contemporánea muchos casos de relativa estabilidad en una postura y algunos casos de crisis acelerada. Lo más interesante aparece en los cambios de época habidos por razones de cultura. Lo que entraña también la presencia de invenciones técnicas.

Una coyuntura de cambio muy rica de enseñanzas estratégicas fue el Siglo de Pericles en Grecia. Otra, la gran etapa de las guerras de César contra Pompeyo. Una bastante significativa fue el otoño de la Edad Media y el Renacimiento. Otra más decisiva, la caída de la Casa de Habsburgo padecida ante el Siglo de las Luces. Más aún, las campañas de Napoleón. Y la Europa entre las dos Grandes Guerras del siglo XX. Lo que sea propio de la llamada postmodernidad queda por ver. De momento hay en ciernes un predominio de las estrategias verdaderamente indirectas como las que utilizan las técnicas del terrorismo supranacional o transnacional en su beneficio. Estamos ya en un nuevo horizonte, que es el de la globalidad, en estrategia el más complejo de todos.

2.- NIVELES Y MODELOS ESTRATÉGICOS

La elección del modo correcto de operar puede hacerse desde distintos niveles de autoridad. Bien desde el más alto; bien desde uno de los intermedios o bien, desde aquel que sea capaz de tomar decisiones que sólo obliguen a un conjunto de unidades, aún siendo éste muy reducido.

Cuando se elige actuar en fuerza desde el poder del Estado a lo que resulta se le ha solido denominar Plan de Guerra. Al Plan de Guerra le sigue un Plan de Campaña y

consiguientemente, unos Planes de Operaciones. Las coaliciones y las alianzas (más o menos estables) también acaban disponiendo de planes de guerra, de campaña o de operaciones cuando ya tienen definido a su enemigo (potencial o real).

El concepto de <<gran estrategia>> ha sido utilizado para expresar este alto nivel político de decisiones en la historia bélica de las grandes potencias occidentales, al menos en estas cuatro situaciones, sobrevenidas una vez estuvo cerrada la experiencia del Imperio de Napoleón Bonaparte.

- la Guerra de Secesión norteamericana (1863)
- la Guerra franco-prusiana (1870)
- la Gran Guerra europea (1914)
- la Segunda Guerra Mundial (1939)

La espectacularidad de estos cuatro acontecimientos no oculta la co-existencia con ellos de otros episodios bélicos que nos parecen de menor trascendencia, tales como todos los ocurridos en los Balkanes y en la dura resistencia a los empeños colonizadores de Asia y de África de finales del XIX incoados por los grandes Estados de Europa con mentalidad geoestratégica.

El pensamiento estratégico occidental se ha detenido en las situaciones donde mejor se revela una evolución modernizadora. Ha intentado desentrañar si el cambio se produce en la tecnología propiamente dicha, en las ideas políticas o en las doctrinas socioeconómicas. Pero, en líneas generales, ha destacado el talento de los directores de aquellas guerras y el carácter de sus más afortunados conductores de operaciones.

Cabe concluir que se fueron dando en las obras teóricas y en los tratados políticos hasta tres niveles de observación del fenómeno de las grandes guerras habidas entre los siglos XIX y XX, el político, el estratégico y el táctico-logístico. Podría también decirse, el nivel de la seguridad, el nivel de la defensa y el nivel técnico militar.

El nivel más adecuado para la observación de una Gran Estrategia resulta ser el nivel político. Depende ésta de la voluntad de los grandes Estados por enderezar hacia su victoria todas las energías disponibles. Hablamos entonces del dato de que la estrategia sea por fin total, grande o global. El analista deberá conectar al dirigente de la primera de las potencias aliadas con los generales y los almirantes en quienes se deposite el mando. De su relación se desprenderán unas decisiones concretas para neutralizar (o destruir con el mínimo daño propio) al potencial militar del enemigo.

Se hablará entonces del acuerdo (o de las tensiones) del Presidente Lincoln con los generales Grant o Sherman, del Canciller Bismarck con el general Moltke, del Kaiser Guillermo con Hindenburg o Lüdendorf, del Gobierno de S.M. Británica con el general francés Foch, del Führer con Manstein, Halder o Rommel, de Churchill con Montgomery, de Stalin con Zukof y también de Roosevelt y Truman con Eisenhower y Mac Arthur.

Puede reconsiderarse, por debajo de estos poderes supremos, todo lo que va ocurriendo en escenarios estratégicos más concretos y de menor duración. Por ejemplo, la historia de Roosevelt y de Truman en sus relaciones con Eisenhower y Mac Arthur antes de que tres de ellos se sucedieran en la Presidencia de los Estados Unidos y hubiera guerra en Corea.

La historia, si es peculiarmente y sólo historia militar, naval o aérea, suele detenerse en un segundo nivel de observación donde importan mucho las maniobras, los movimientos, las confrontaciones en fuerza, los esfuerzos bélicos etc...

Es éste el nivel puramente estratégico de observación de la realidad donde apenas se sugiere el menor peso de las puras concepciones políticas. Las derrotas y los triunfos de los primeros periodos de operaciones de las dos guerras mundiales están siendo analizados todavía en este nivel. Lo que se subraya es la capacidad operativa, la sorpresa táctica o la calidad técnica en el empleo de la fuerza; el grado de iniciativa de los mandos superiores y las dotes de organización de los Estados Mayores. Hasta Winston Churchill, al narrar los episodios de ambas confrontaciones, como luego Fuller Y Liddell Hart, aceptó este reduccionismo en beneficio de la claridad expositiva.

Todavía es posible elegir como suficiente para el análisis un nivel más bajo de contemplación válido para las acciones de las unidades combatientes. Es el nivel preferido desde el punto de vista militar. Aquí se nos dará la impresión de que las resoluciones de los mandos son autónomas y de que los resultados se derivan de la moral de combate por parte de quienes ejecutan las órdenes. No interesa aquí demasiado la valoración de las intenciones de los gobernantes ni la lucidez de los planes en curso. Gana el encuentro bélico el mejor soldado a partir del choque desencadenado por la dinámica de las acciones sobrevenidas en los frentes.

Este es el nivel, todavía estratégico, pero de inspiración táctica. Más que la información a distancia o estratégica (general o conjunta) importa la información de contacto. Las resoluciones tácticas, alimentadas desde una logística de campaña, garantizan avances sobre el terreno o provocan las capitulaciones de quienes queden embolsados. Del arte operacional y de la estrategia operativa es de donde deberán sacar fruto. El gran estratega y el dirigente político (que ciertamente están detrás de los mandos militares) se ponen a la espera del signo favorable de las confrontaciones realmente producidas en la zona de combate.

Es lo que encontramos como puro doctrinarismo en los tratados de Jomini y de Clausewitz. Hablan de pequeñas guerras, de incursiones, de infiltraciones, y del valor militar de pasos o de desfiladeros, sitios entre las montañas. Pero lo decisivo es la batalla, la batalla decisiva. Las teorías de la época del generalísimo Ferdinand Foch (1917-1918) estaban elaboradas con base en los oportunos movimientos del núcleo de la masa principal de maniobra de los Gobiernos aliados frente a los Imperios Centrales. Cien años separan a Jomini de Foch, pero ambos poseen idéntica estructura mental.

Ahora bien en 1948, treinta años más tarde del Tratado de Versalles, los tratadistas de la Segunda Guerra Mundial se verán forzados a incluir en sus reflexiones el modo de

razonar de los líderes civiles en guerra (Hitler, Stalin, Churchill, Mussolini, Roosevelt etc...). Lo que se pretende dilucidar y aclarar ahora es la dirección de la guerra, por encima de la conducción de las operaciones. Lo hacen todos ellos dejando muy en segundo plano al mando de las unidades en presencia, que necesariamente sigue a cargo de generales y almirantes presentes en la zona de operaciones.

Con todo, siempre será posible revivir trances que nos devuelvan a lo que en 1918 se creía rebasado por el transcurso del tiempo. El retorno a un relativo primitivismo, sea para emprender una lucha a muerte o para soportar una guerra irregular sin simetrías operativas, ha sido posible en pleno siglo XX. Y ello tanto en las guerras europeas de liberación, como en los procesos afroasiáticos de descolonización, sin excluir a las inestabilidades internas de los Estados embrionarios o fallidos de finales del segundo milenio de la era cristiana.

Todas estas consideraciones han provocado en los analistas de mayor prestigio afirmaciones divergentes sobre la naturaleza actual de los problemas estratégicos. Se ha ido más allá de la demasiado sencilla clasificación en sólo tres niveles de contemplación, -el nivel político, el nivel propiamente estratégico y el nivel táctico. Y se ha creado una atmósfera de confusión en torno a las nuevas amenazas y a los nuevos riesgos que convendría fueran superados. He aquí un posible recorrido del proceso de reflexiones sobre los contenidos estratégicos:

1. El tratadista militar francés Bonnal se conformaba con separar a la Estrategia, (como arte de concebir operaciones) de la Táctica (como arte de ejecutar combates).
2. El tratadista militar prusiano, Clausewitz, aceptaba que la batalla decisiva fuera el centro de gravedad de la estrategia, allí donde había que ganar las guerras. La táctica en sí misma carecía de valor si no era referida a la estrategia por sus grandes resultados y ésta si no era referida a lo político.
3. El tratadista militar británico Liddell Hart subrayará mucho más la presencia determinante de la finalidad política en la elección del modo indirecto de operar que lo exigible en la acción directa clásica o tradicional de Bonaparte.
4. El tratadista militar francés André Beaufre, después de 1945, limitará más aún la estrategia operativa al arte de ejecutar los designios políticos. Y abrirá su reflexión, todavía propia de un militar de los años centrales del siglo XX, al concepto de disuasión

Y así la atención de otros muchos tratadistas, civiles y militares contemporáneos cambiará de objeto. Pondrán la atención en el concepto de disuasión durante los largos decenios que hemos llamado de la Guerra Fría. El objeto de la mejor estrategia no es vencer al enemigo, sino disuadirle de la lucha armada.

No obstante, si detuviéramos el reloj en la fase inicial de la Guerra Fría, tanto en el trazado del telón de acero en un mundo bipolar como en la pretensión de un nuevo

Orden mundial (que se acerque a la sociedad sin clases, sin guerras y a la sociedad del bienestar) entonces, el estado de la cuestión quedaría aceptablemente expresado con el estudio pormenorizado de los modelos estratégicos más cargados de prestigio en aquel preciso momento.

Y es que la palabra estratégico hacia 1960 nos define, -como enseñaba el general francés Ailleret al iniciarse la Guerra Fría -“un nivel desde el que examinar o tratar las cuestiones relativas a la guerra, ya sean las referidas a su dirección o a su preparación. O a la utilización con fines políticos de las situaciones que de ella resultan. O a la disuasión que su amenaza puede originar entre los posibles adversarios”.

Muy cerca de Ailleret, el también general francés André Beaufre había insistido en dos observaciones. Una muy elemental, “Estrategia, arte de la dialéctica de voluntades, es también arte de emplear la fuerza para alcanzar los fines de la política”. Otra muy gráfica. “Hay una pirámide de estrategias distintas e independientes”. Será la idea que pluralizará los modelos estratégicos por encima de lo que era habitual hasta el año 1939.

Para valorar a los conductores de grandes operaciones a lo largo de la historia universal, en todas las culturas y civilizaciones, antiguas o modernas, se tomaban en cuenta las preferencias del poder constituido (o de los mandos militares) respecto a varios modelos estratégicos. Pero, actualmente, la variedad de modelos es mayor que nunca lo había sido.

La mejor distinción radica en saber si el modelo elegido lo es para la acción o para la disuasión. La acción, incluye uso de la fuerza armada. La disuasión, prefiere la mera presencia de la fuerza.

Una vez marcada esta diferencia, que tiene mucho que ver con la efectiva ruptura de las hostilidades (para la estrategia de la acción) y con el mantenimiento de un cierto orden de seguridad (en la estrategia de la disuasión) habrá que entrar en otras dos distinciones: una basada en fines y otra en medios. Queremos decir, bien en la naturaleza política de cada finalidad o bien en las cualidades de los medios militares que se ponen a prueba.

Por los fines, un modelo estratégico puede ser o hegemónico (lo que sugiere una conquista) o autonómico (lo que sugiere una resistencia). Al primero, le corresponde una actitud ofensiva. Al segundo, una actitud defensiva. Cabe, durante un tiempo, que se disimule la actitud predominante. Pero, la verdadera finalidad se hace clara al estudiar las operaciones en curso con algún detalle.

Por los medios, un modelo estratégico puede estar marcado por la posibilidad de servirse de lo técnicamente especializado o por la posibilidad del recurso a la ley del número (a la movilización general del país para la guerra). En definitiva, por la búsqueda de calidad o por el recurso al número (cantidad).

La historia universal, si se analiza con especial atención en los tiempos modernos y contemporáneos, distingue en sus reflexiones sobre las estrategias realmente aplicadas, hasta estos ocho tipos (o modelos) de estrategias posibles:

- 1.- La acción directa.
- 2.- La aproximación indirecta.
- 3.- La agresión indirecta.
- 4.- La lucha prolongada.
- 5.- La presión directa.
- 6.- La insurrección armada.
- 7.- La disuasión convencional.
- 8.- La disuasión nuclear.

Los historiadores militares, en particular, asignan, unos precisos nombres propios de estrategias a estos ocho modelos, cuando encuentran un dirigente político que coseche con uno de ellos (aunque sea sólo durante un periodo limitado de tiempo) éxitos o avances espectaculares. En todos los casos, los estudiosos podrían aportarnos antecedentes más históricos o más lejanos. Pero ahora prefieren razonar sobre las situaciones recientes cuando tratan de estrategia, de geoestrategia o de geopolítica. Es decir, cuando se comportan como tratadistas (militares o civiles).

Las ocho posturas reconsideradas son modelos estratégicos contemporáneos de inspiración política. Son modelos de alto nivel y se cargan con algún contenido de alma totalitaria. La totalidad, la grandeza y la globalidad de los ocho modelos no está igualmente lograda; pero todos quieren ser tomados como modelos definitivos (o como preferentes) para resolver la actualidad sobrevenida como una grave conflictividad en el ámbito internacional.

1.- El modelo de la acción directa está señalado por la figura de Napoleón Bonaparte, sobre todo a partir de la concentración de poderes en su persona en el quicio del 1800.

Corresponde a una situación en la que la parte que inicia las hostilidades –el Imperio de Francia- se sabe fuerte y poderosa; reclama como vital para ella un objetivo territorial, al que se dirige con potentes medios militares para ocuparlo.

No reconoce limitación alguna para su despliegue. Normalmente invade con su actitud ofensiva aquel territorio. Busca librar una batalla decisiva en el centro de gravedad de las operaciones. Si gana pronto, impone, al instante, las condiciones nuevas de paz.

Entre los tratadistas fueron Jomini y Clausewitz quienes mejor dejaron descrito lo esencial del modelo. Es el que ha gozado del prestigio máximo en las Escuelas de Guerra del ámbito occidental entre 1815 (Waterloo) y 1944 (Normandía).

2.- El modelo de la aproximación indirecta lo tenemos asimilado al modo británico de combatir en tierra. En realidad, es una réplica inteligente y metódica a la estrategia de la acción directa. Para poner un buen ejemplo se elige a Lord Wellington en la Guerra

Peninsular; pero podría hacerse con otros conductores anglosajones de operaciones, destacados en las dos Guerras Mundiales hasta llegar a Montgomery, por ejemplo.

La denominación procede de sir Basil Liddell Hart. Corresponde a una situación en la que el actor principal que adopta el modelo, actúa pendiente de ir alcanzando mayores capacidades. De momento tiene sólo intereses útiles y elude chocar con los intereses vitales del enemigo. Finalmente, -sólo finalmente- concentra sus efectivos en una batalla decisiva.

La fuerza ajustada a este modelo es originariamente expedicionaria y tiene la base de operaciones en territorios naturalmente seguros, - en un archipiélago, en una península, o detrás de unas barreras montañosas. No tiene prisa por ganar, pero sabe cómo no perder inmediatamente sus esperanzas de victoria.

3.- El modelo de la agresión indirecta es una variable del anterior. Corresponde a una situación sin declaración formal del estado de guerra, en la que juega como muy influyente la amenaza de intervención de un tercero, muy poderoso, que desequilibrará a las partes en conflicto con su mera presencia cerca del escenario en actitud vigilante.

Los contendientes iniciales no son Estados consolidados. Son poderes tradicionales muy débiles, con enemigos internos. La disputa lo es por intereses útiles y también se carece de prisa para ganar. Bastará con invertir las simpatías y formalizar nuevas alianzas a lo largo de un proceso para que se vislumbre un vencedor.

Se aprovecha el modelo de entrada de una tolerancia internacional para el empleo de pequeños efectivos con fines de de instrucción, de asesoramiento y de apoyo. Nadie desarrolló tanto el modelo como Lawrence de Arabia en el periodo habido entre las dos guerras mundiales, ya en el siglo XX y en el área del mundo islámico. El enemigo a batir era el Sultanato de Turquía, como posible aliado de los Imperios Centrales en una segunda confrontación europea a muerte, considerada inevitable en los años treinta.

En realidad, existe latente para este modelo de estrategia (en el actor principal) una ideología neocolonialista, -en ocasiones expresada con suma discreción. Y hay patente en el otro actor un real o presunto tipo de enemigo de la modernidad del Estado. El modelo, le quiere arrebatar (a este adversario potencial de Gran Bretaña) su área de influencia.

4.- El modelo de la lucha prolongada se deriva (de algún modo) del concepto mixto de guerra irregular, de guerra de movimientos y de guerra de guerrillas. Tiene sus grandes antecedentes europeos en la Península Ibérica (Guerra de la Independencia, Guerras civiles del XIX etc...), acaso en el Tirol y en los Balkanes etc... También entre los rusos blancos levantados contra Lenin en 1917 se apeló al modelo de lucha que hace uso de la mayor duración de las luchas. Se hizo de una manera insuficiente para que se alcanzara el éxito en el caso contra-revolucionario de Rusia (1920).

Corresponde a una situación relativa de fuerzas en la que una de las partes (inicialmente muy débil o políticamente muy debilitada por una quiebra del poder establecido) busca azarosamente la supervivencia de su objetivo vital con medios escasos y sin armamento especializado.

No se le reconocen al actor político que activa este modelo de largo recorrido apenas limitaciones al empleo de la sorpresa y de la violencia súbita. Precisa de un ambiente popular (urbano o rural) de apoyo hasta límites insospechados por el ejército enemigo al que llaman ejército de ocupación. Fue así la larga marcha de Mao Tse Tung, la que extendió por el mundo entero el aprecio a este modo de combatir. Se plantea algunas veces como lucha de liberación nacional y otras, como proyecto de un cambio revolucionario de la estructura social. Piénsese en 1934 (China) y quizás, en 1949 (Corea del Norte) como las dos fechas críticas para su irrupción.

5.- El modelo de la presión directa tiene otras connotaciones, también muy peculiares por estar cargadas de hecho de ideologías que suelen ser ultranacionalistas. Corresponde a una situación nueva a partir de los años treinta del siglo XX, en la que un poder político recién constituido en una nación ya vieja –Alemania- asume grandes reivindicaciones territoriales. Se intenta legitimar en la obligada defensa y liberación de grupos étnicos afines que viven en el territorio del adversario con fuertes sentimientos de ser (o de estar siendo) las víctimas de una serie de injusticias con dimensiones históricas.

No utiliza de entrada la declaración formal del estado de guerra, sino el manifiesto y el ultimátum. La fuerza armada presente (infiltrada o invasora de territorios vecinos) toma aspectos de ser la policía de un régimen exaltado en expansión que acude a liberar al grupo étnico que, en su teoría, es el único sector esclavizado,

La realidad inquietante de este modelo la fue revelando en los años treinta el Führer alemán Adolfo Hitler. No es exactamente el mismo modelo de sus planes de guerra, dirigidos por él hacia Occidente y hacia Oriente, del año 1939. Es el modelo nacional-socialista que sin duda precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial, con la operación Anchluss para la anexión de Viena como seña de identidad.

Los objetivos hacia donde operar se exigen, uno tras otro. En los textos de estrategia de postguerra se les llaman hojas de alcachofa o rodajas de <<salami>> o salchichón. Es la estrategia que sirvió para que recuperara aquella Alemania, la Renania; para hacerse con el territorio de Austria y reclamarle a Polonia el pasillo de Dantzing etc.... En teoría, se describe algo similar en algunos textos clásicos de Tucídides y de Maquiavelo. De hecho, el modelo lo utilizó Federico el Grande para anexionarse Silesia en el siglo XVIII (en sus años centrales concretamente).

6.- El modelo de la insurrección armada corresponde a una situación conflictiva y recíproca entre dos poderes de carácter interno o social, uno público y otro clandestino. Es una lucha de clases. No apela al principio de las nacionalidades, ni a las coaliciones de naciones amigas (permanentes o circunstanciales) contra un enemigo común. Apela a la conciencia proletaria de ser o de estar siendo (un actor principal en

ciernes) la clase esclavizada o servil de una sociedad estamental que debería desaparecer.

El modelo de la insurrección armada –también llamado el de la subversión social- no puede improvisarse. Viene de una cauta y astuta inteligencia sobre la situación que es la propia del partido clandestino. Este tiene un plan que se delatará sólo si se dan condiciones objetivas favorables para llegar a la protesta generalizada. Exige que llegue su hora, -una coyuntura revolucionaria.

Es un planteamiento radicalmente asimétrico. El poder establecido se sabe limitado y se siente responsable de las víctimas que se le produzcan en graves disturbios. El poder oculto se presenta como titular único de un espontáneo afán de justicia. Y lo hace, frente al abuso de los que gobiernan desde siempre; sólo opera en fuerza si se ha logrado ya hacer insoportable la situación para mucha gente.

El modelo estaba trazado por Lenin (y fue perfeccionado por Trosky) antes de la Gran Guerra; pero su eficacia llegó después del triunfo de Lenin y de su llegada al Kremlin. Lo más palpable del trance es la creciente dificultad de empleo por parte del Estado envejecido de las fuerzas armadas regulares, ya que éstas carecen del enemigo antiguo, (el exterior a los ideales e intereses patrios que el antiguo régimen pretendía considerar suyos). Los procesos de descolonización del Tercer Mundo vienen optando por este modelo desde 1945. Aunque cuando derriban del poder a una oligarquía local o nacional, lo hacen casi siempre con una ideología supranacional como fundamento.

7.- El modelo de disuasión convencional es la deriva lógica de una política anterior de mera defensa nacional de costas y de fronteras. Corresponde a una situación en la que la decisión de obtener ventajas para el bienestar propio, sin apertura exterior de nuevas hostilidades (mediante una neutralidad armada) se quiere lograr (mediante la demostración de fuerza) siempre y sólo respecto a unos intereses útiles. No se habla de objetivos vitales; sólo de obtener ventajas en el bienestar para la propia comunidad política.

Hay en la historia contemporánea de Europa Occidental una variable suiza (de pura contención de los adversarios en sus fronteras) y una variable francesa (o británica), compatible con la ampliación al Tercer Mundo de sus viejos protectorados. Sirve el modelo también para enfrentarse con la resistencia sobrevenida contra una administración metropolitana en un espacio ya colonizado. Los generales franceses Bugeaud, Gallieni y Lyautey (en línea con el británico Kitchener) realizaron antes de 1914 (en territorios administrados por las grandes potencias) análogas demostraciones de fuerza contra la población aborigen, disuadiéndola de su alzamiento en armas, contra la metrópoli.

El Ejército, la Marina y la Aviación pasan del apoyo al ejercicio de una administración colonial (o de protectorado) a la expedición de castigo (o punitiva), haciéndolo con fuerzas indígenas regularizadas para este fin puestas a sus órdenes con anterioridad al estallido independentista.

El modo estratégico de operar de estas expediciones de castigo hizo crisis después del año 1945, al ser rechazado por los Estados Unidos –crisis del canal de Suez. Pero también hizo crisis entre los miembros de la Alianza Atlántica al ofrecérsele una alternativa, ahora desde el concepto de disuasión con armas de destrucción masiva (Guerra Fría), -crisis de los misiles con base en Cuba- durante la presidencia de Kennedy.

8.- El modelo de la disuasión nuclear corresponde a una situación bipolar, que quizás podría ser prolongada en la forma de Guerra Fría, en la que las dos partes del conflicto (poderosas en sus dos actores principales) se prohíben avances y gestos a favor de la ampliación de sus zonas de influencia en la superficie de toda la tierra. Lo hacen mediante la evidente amenaza de empleo de sus armas de destrucción masiva. Corresponde a la denominada política de bloques sólo en relativo equilibrio, que llegó a denominarse equilibrio en el terror.

El posterior mantenimiento del discurso de la mutua disuasión se hace vital. Hay, primero, una disuasión mínima, con la presidencia francesa de Charles De Gaulle; luego, una disuasión tipo represalia masiva con los presidentes Harry Truman y Eisenhower; y más tarde una disuasión tipo respuesta flexible con John F. Kennedy que toleran frente a la Unión Soviética, finalmente, una reducción de fuerzas convencionales y un control del armamento nuclear por parte de las Naciones Unidas (Consejo de Seguridad).

Habrà en la esfera del razonamiento estratégico global grandes maestros de la estrategia nuclear (británicos, norteamericanos y franceses además de los rusos soviéticos). Y habrá más tarde grandes nombres (civiles y militares) implicados en el mismo razonamiento disuasivo (como Raymond Aron, Henry Kissinger y Lawrence Freedman).

Lo que tiene de espectacular el último planteamiento de la denominada Gran Estrategia es que nos ha metido de lleno en la Geoestrategia, pasando previamente por la Geopolítica. Porque la inicial fama de los geopolíticos, precedió a la posterior fama de los geoestrategas en un cuarto de siglo nada más para dar paso a la era de la Geohistoria.

Los textos que a continuación se citan por orden alfabético de autor están centrados en el concepto de estrategia tal como había venido siendo entendido en el periodo que va desde las campañas napoleónicas a la apertura de la Guerra Fría, es decir, durante un siglo y medio de duración (1800-1950). Se ofrece el año de la edición en español consultada.

- ALONSO BAQUER, Miguel.- ¿En qué consiste la estrategia? Publicaciones del Ministerio de Defensa. Madrid (1999).
- ARANDA MATA, Antonio.- El arte militar. Edersa. Madrid (1973).
- BEAUFRE, André.- Disuasión y Estrategia. Editorial Pleamar. Editorial Rioplatense. Buenos Aires (1980).

- BORDEJE MORENCOS, Fernando de.- Diccionario militar, estratégico y político Guía para el lector. Editorial San Martín. Madrid (1981).
- CASTEX, Raúl; Almirante.- Teorías estratégicas. Escuela de Guerra Naval. Madrid (1965).
- COLLINS, John.- La gran estrategia. Principios y prácticas. Círculo Militar. Buenos Aires (1975).
- JOMINI, Henri.- Compendio del arte de la guerra.- (1974).
- LACOSTE, Pierre.- Estrategias navales del presente. Ediciones Ejército. Madrid (1987).
- MEAD, Early E.- Los creadores de la estrategia moderna (1973).
- LAWRENCE, Thomas.- Los siete pilares de la sabiduría. (1986).
- LIDDELL HART, Basil.- La estrategia de la aproximación indirecta. Iberia. Joaquín Gil Ediciones. Barcelona (1946).
- POIRIER, Lucien.- Las voces de la estrategia. Servicio de Publicaciones Ejército. Madrid (1987).
- ROJO LLUICH, Vicente.- Elementos del Arte de la Guerra. Ministerio de Defensa (1996).

3.- CONCEPTO DE GEOESTRATEGIA

La utilización del concepto de Geoestrategia en las reflexiones militares es algo que revela un alto grado de modernidad en los modos de pensar. Pone en contacto unas escuelas de pensamiento (sobre el espacio) con unas teorías estratégicas (sobre el poder). Las escuelas espaciales de pensamiento toman diferentes posturas sobre la necesidad del dominio del territorio. Según las teorías en auge, hubo (primero) una política exterior de inspiración geográfica y (segundo) una estrategia de concepción militar a su servicio.

Lo más moderno en los estudios geoestratégicos será el urgente estudio de la impronta del Estado en la ordenación del territorio. Habrá, entonces, un conocimiento riguroso de lo que permanece y dura bajo una pretensión de soberanía concreta, -sea una ciudad-estado; sea un reino; sea un imperio o un estado nacional- cuya marca está en el trazado de las fronteras terrestres y del espacio aéreo y de los límites de las aguas territoriales en términos cartográficos que está la gran potencia en condiciones de defender.

Para este nuevo tipo de grandes geógrafos, -una versión modificada de los notables geopolíticos- las potencialidades relativas de cada Estado y de cada coalición de Estados son tanto físicas y humanas como económicas. Y el cambio político viene de unos datos demográficos (o simplemente económicos) que actúan como claros indicios del inminente relevo en el liderazgo mundial. Este, como el vuelo de las águilas imperiales, se posa en unas zonas o en otras según el signo de los tiempos.

Cada Geopolítica cuenta con una Geoestrategia para precisar la elección de los puntos de aplicación de la fuerza. (Y también lo hace para desvelar donde está la clave del poder). Quizás -se insinúa- que el poder sea o que deba ser, más continental, más

marítimo o aéreo: el tipo de poder entendido como el más esencial, aquí y ahora, para no verse debilitado.

La Geopolítica, ya desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, anunciaba una globalización, un nuevo Orden mundial. No sólo proponía unos ordenaciones regionales del espacio en equilibrio. Esto era lo que primero se debería hacer con urgencia. Mucho menos aún, había que permitir una proliferación de abundantes y sendas autonomías políticas en unas tierras que, de entrada, quedarían sacralizadas por unas interpretaciones de carácter tribal, ácrata o anarquista hostiles todas a la idea misma de Orden (mundial o global). Y también contrarias al ordenamiento político por grandes regiones. Es el caso del antiguo Reino y del Estado moderno, de la Confederación yugoeslava convertida en fragmentos a finales del siglo XX.

El concepto previo en estrategia a la cosmovisión, a la mundialización, y al universalismo, -tres modos diferentes de una misma ilusión de origen naturalista, fue la idea de Espacio vital. Tanto el Estado Nacional como el Imperio Supranacional tienen sus propias geopolíticas, porque uno y otro ya tienen decidido cual es su Espacio vital.

No fue únicamente ésta una postura que se puso de moda en las relaciones internacionales, ni fue el añadido de una política exterior a la política interior que le daba cobertura. La Doctrina del espacio vital, -un determinismo geográfico- anunciaba un mundo feliz. Fue un neto mesianismo, que alguien malévolamente quiso atribuir a una raza privilegiada sobre los restantes pueblos o etnias: a la raza blanca de los arios indoeuropeos en el caso alemán.

En la realidad más académica de las Universidades de los años 1930-1939, la Geopolítica funcionó por escuelas nacionales. Y también funcionaron a su lado del mismo modo algunas escuelas más, concebidas para que ninguna otra geopolítica se impusiera a la propia. La parálisis de los imperios –o mejor de los imperialismos- fue el primer objetivo de la movilización técnica que se generó al punto en los ejércitos nacionales. Ahora, se elige para ser batido como blanco a la globalización (tanto de los intereses como de los ideales) admitidos sólo si eran idénticos a los propios de la Sociedad de Naciones, no a los de una potencia hegemónica en concreto. Se exige multilateralidad (mejor consensuada) donde hubo unilateralidad (impuesta por una potencia).

“La política de un Estado está en su Geografía” –decía Napoleón- para de este modo legitimar el expansionismo de su Imperio. El dominio de más y más territorios era, pero desde cien años antes, una idea nueva en la Europa del siglo XVIII. El territorio se había convertido en la figura central de las conductas y de los discursos del poder tanto en los Gobiernos de Federico de Prusia como de Luis XV y de Catalina de Rusia. En España reinaba Carlos III y sus ministros también se centraron en la expansión de los territorios de soberanía.

Tres nuevas ciencias irán adueñándose de determinadas mentes, -la Geografía Política, la Geopolítica y la Geoestrategia (por este orden cronológico). Expresiones tales como la Liga pangermanista del grupo wagneriano de Bayreuth (en la época de Bismarck),

como la Alianza alemana de Friedrich Lange y como las Ligas navales o Sociedades escolares alemanas del general Keim, anunciaban que se estaba pasando desde una clásica filosofía de la Naturaleza a una moderna geopolítica del Espacio vital.

La axiomática de la expansión territorial en el geógrafo Ratzel se construyó sobre el concepto de Geografía Política. Va desde un libro suyo de 1869, -Ser y devenir del mundo orgánico a otro de 1908, -Imágenes de la guerra con Francia-, para concluir que “el saber geográfico y estratégico es una fuerza política”.

Todas las geopolíticas posteriores a Ratzel postulan un centro y una periferia. Lo que mejor comprenden es que existan superpuestos: un territorio, primero Natural, el que está en la naturaleza de las cosas; luego un territorio Prometido, el que debería quedar abrazado por la soberanía del Estado que crece, y tercero un territorio Vital, el que tendrá que ser conquistado a viva fuerza por este Imperio emergente, si se hace dócil al imperativo geográfico. La Geografía –nos dicen- manda.

Los Atlas –la Cartografía premonitoria-; las Universidades -las Cátedras de geopolítica; los Estados Mayores – las Escuelas de guerra; los Partidos colonistas, -las Ligas y las Sociedades de comercio etc... andan detrás de la nueva Ciencia que llaman de la sangre y del suelo. Se ha terminado el culto a la estática y naturalista Geografía física y ha estallado la dinámica de las Geografías humana y económica.

La concepción de una o de varias geoestrategias en recíproco conflicto resultó encubierta por la grandiosidad cosmográfica de las correspondientes geopolíticas. La Geopolítica de los profesores se hace Geoestrategia de los Estados Mayores. Y lo más fácil de detectar en los debates de aquella época será el tríptico <<poder continental, poder oceánico, poder aéreo>>. Los tres grandes geoestrategas serán: a) Mac Kinder, para los ejércitos terrestres (luego Karl Haushofer), b) Alfred Mahan (luego Celerier), para las armadas navales y c) Julius Douhet, para las formaciones aeronáuticas (luego Pierre Gallois).

Llegó primero la geografía de Ratzel: una antropogeografía que desembocaba en una geografía política, para engendrar una sociogeografía y una verdadera geopolítica. Pero quien propone una geopolítica, desarrolla también una geoestrategia y tratará de demostrar la existencia de fuerzas históricas y geográficas que determinan el curso de la Historia. Fue así el primer determinismo, llamado geográfico, del siglo XX. La Geopolítica se hace una ciencia que estudia las fases de nacimiento, desarrollo, plenitud y muerte de los Estados entendidos como grupos sociales –como pueblos asentados en un determinado territorio e influidos por las condiciones del suelo.

Ya su maestro Karl Ritter (1779-1859) preveía, hacia el año 1848, la próxima llegada al poder de hombres de gran inteligencia capaces de prever y dirigir el desarrollo futuro de cada nación política. El ruso Metchnikoff subrayó, todavía en pleno siglo XIX, la relación íntima entre las grandes cuencas fluviales y las civilizaciones. Los ingleses Mac-Kinder y Hereford George, entre (1890 y 1901) mostraron a los norteamericanos la relación entre historia y geografía. Precisamente lo hicieron en las Grandes Universidades del Nuevo Mundo, mucho más receptivas que las de Europa Occidental.

Pero fue el sueco Rudolf Kjellen (1914) quien en sus numerosas obras y sobre las grandes potencias y después, en El Estado como forma de vida dio el paso decisivo. Llamó a su ciencia Geopolítica, aunque lo hizo sin echar de menos todavía a la Geoestrategia, también anunciada como una nueva ciencia del Estado y todavía más eficiente que su progenitora.

La Geografía, dirá contradiciéndole Juan Vilá Valentí en La Península Ibérica (Barcelona, 1968) “es una ciencia de realidades vivas y cambiantes”. Sus colegas, Manuel Terán y Luis Solé Sabaris, en Geografía Regional de España, (una obra del mismo año y editorial) también ponían, las cosas en su sitio, que era académico del todo.

“La geografía en su marcha ascensional se ha beneficiado en la documentación valiosa acumulada durante muchos años por especialistas de ramas afines, -geólogos, meteorólogos, botánicos, economistas, cartógrafos etc. Pero al geógrafo le corresponde seleccionar de esas disciplinas los conocimientos necesarios para establecer su propia síntesis; no en vano se ha dicho que la Geografía es la filosofía de las ciencias de la Tierra”.

Ciertamente que –lo escribió poco antes el francés Emmanuel de Martonne en su Tratado de Geografía Física, traducido al español en 1964- “la geografía ha tomado el aspecto de una ciencia avasalladora con tendencia enciclopédica”. Ahora bien –se decía- limitar correctamente el campo de los estudios geográficos sólo puede traer beneficios a una sana Geoestrategia que no se obsesione por la cratología (una pura teoría del poder). El catedrático catalán Jaime Vicens Vives (que enseñó primero Geografía General en Zaragoza y luego Historial social y económica en Barcelona) nos dejó en los comienzos de sus tareas universitarias un texto de Geopolítica (1950) pletórico de sensatez donde decía:

“La Geopolítica, novel ciencia geográfica, interpreta el pasado geográfico o histórico para justificar la actualidad. Pretende sentar las bases generales de una comprensión correcta del factor geográfico en el proceso histórico de las comunidades humanas”.

Y lo explicaba de esta prudente manera:

“En realidad no han sido los geógrafos quienes han abierto el camino a la comprensión científica de las realidades entre la Tierra y las sociedades políticas que la pueblan... ellos han ido descuidando un factor geográfico del mayor interés: el hombre organizado en sociedad”.

“La Declaración conjunta de 1928 sobre el concepto de Geopolítica de los cuatro grandes del momento (Haushofer, Obst, Lautensach y Mauel) habla de la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos políticos. Para ellos no era más que una Geografía Política aplicada, como dejara dicho en 1935 el geógrafo Passarge”.

Nada se afirma de la Geoestrategia por separado de la Geopolítica. Cuando lo haga Ives Lacoste en La Geografía, un arma para la guerra (o en La Geografía del subdesarrollo) se centrará en un dualismo abierto entre <<geografía de los Profesores académicos>> y <<geografía de los Estados Mayores>>.

Y es que la Geopolítica y la Geoestrategia tienen delante diferentes esferas de conocimientos. En la esfera de los estudios geopolíticos la presencia del Estado y de las relaciones interestatales es agobiante. La Geopolítica de finales del siglo XIX –en realidad una política de inspiración geográfica- había pretendido poner en orden los resultados históricos de la impronta del Estado sobre el espacio terrestre. Era (o quería ser) una ciencia determinista que propendía a subrayar lo que permanece y dura (por ejemplo, el trazado de las fronteras, al que consideraba absolutamente respetable) sobre lo coyuntural (un programa de gobierno).

En la esfera de los estudios sólo geoestratégicos se contemplaban, más bien, las realidades concretas del potencial militar de las soberanías políticas en presencia y en contacto. Incluso de las coaliciones. Con mayor o menor apoyo en otras potencialidades de orden físico, humano o económico, los estudios geoestratégicos se orientaban al dictado de los puntos de aplicación del esfuerzo de las Fuerzas Armadas en una guerra abierta.

La elección oportuna del momento de operar con unidades militares, la precisión de la medida de la intensidad del esfuerzo, las previsiones de duración de los encuentros armados etc. hacían de la Geoestrategia una verdadera ciencia del Estado implicado en una guerra de movimientos.

Había que poner oportunamente en actividad al potencial de guerra, y efectuar presión sobre el enemigo potencial, mostrando a las fuerzas armadas propias desplegadas sobre las zonas geográficas donde estaban localizados los intereses en disputa. O, en su caso, había que disuadir al presunto enemigo para que no se emplee a fondo, porque será inútil. Todo esto se fue convirtiendo en estrategia. Pero, de hecho, se convertía en la estrategia que casi siempre gritaba ¡Ahora o nunca!

Se llegó a esta grave situación por dos vías. La vía de la ampliación de lo estratégico (pensado desde sí mismo) y la vía de la delegación de lo político hacia lo militar (como si tal fuera su inevitable desarrollo en la praxis de las relaciones internacionales).

La Geopolítica decimonónica solía limitarse antes de la Gran Guerra a señalar cual estaba siendo en términos espaciales la naturaleza de las cosas, -el “destino manifiesto” como se decía en los Estados Unidos por boca de Theodor Roosevelt. A lo sumo, distinguía entre los caracteres de los distintos pueblos en presencia y en competencia. Y decidía quien merecía confianza y quien demandaba hostilidad –el amigo versus al enemigo.

La Geoestrategia como nueva ciencia política, daba un paso más hacia la conflictividad abierta. Dando por supuesta la declaración formal de hostilidades, se empleaba en dilucidar los grados de eficacia de los medios propios (terrestres, navales o aéreos)

para invertir las zonas de influencia (no por la pacífica sucesión de situaciones propicias para unos Estados y críticas para otros). Lo hacía desde el poder de las armas ya sitas en el escenario (por sorpresa) en una coyuntura favorable.

El viejo concepto de Gran Designio, previo en la historia de Francia a la europea ordenación del Tratado de Wesfalia (1648), pesaba todavía mucho sobre las Grandes potencias o sobre las grandes coaliciones de Estados del final del siglo XIX. Se supone que todos los Estados tienen escondido, en el arcano, un propósito, un proyecto, un pronóstico de hegemonía o de supremacía que son (de hecho) fatales e ineludibles. La guerra –repetían los grandes dirigentes en sus discursos al servicio de una geoestrategia nacional- está en la naturaleza de las cosas.

4.- GEOESTRATEGIAS INCOADAS ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX

Entre los siglos XIX y XX encontraron sitio y tuvieron eco unos modos nuevos de pensar que fueron saltando desde la Geografía general hasta la Geografía política (de Ritter a Ratzel); desde la Geografía política hasta la Geopolítica, (de Kjellen a Haushofer) y desde la Geopolítica hasta la Geoestrategia, (de Mac-Kinder a Mahan) para dejar abierto el campo, entre otros, a teóricos como Douhet, Castex, Liddell Hart y Beaufre. Podríamos abrir el paréntesis en 1848 y cerrarlo en 1949, de tal modo que queden dentro la Guerra de secesión de los Estados Unidos, la Guerra franco-prusiana, la Gran guerra y la Segunda guerra mundial. Es el siglo de las guerras en cadena del que escribió con talento el pensador francés Raymond Aron.

Este largo periodo de tiempo transcurrió en un preciso ámbito cultural (Occidente) que ya tenía de antemano aceptablemente formuladas sus ideas estratégicas y que las seguirá teniendo una vez se le clausuren los primeros cien años de su duración. Tiene, pues, de original la simbiosis entre dos esferas del saber: una civil y universitaria (la de la geografía) y otra militar y operativa (la de la estrategia)

De aquí que sea posible situar a la llamada Geopolítica del periodo abierto entre los siglos XIX y XX, tanto en la historia de las ciencias del espacio, como en la historia del arte de la guerra. En Francia, por ejemplo, se habló de una geografía de los Profesores y de una geografía de los Estados Mayores; pero también podría hablarse de una estrategia (propia de las Universidades) en conflicto con una estrategia (propia de los Cuarteles Generales).

Nosotros hemos optado por seguir un recorrido simplificado de sus sucesivas vigencias en tres grandes etapas: Estrategia, Geoestrategia, Geopolítica. Es un orden lógico que va desde un momento de escasa implicación de lo estratégico en lo geográfico (1848) a otro de máxima implicación (1949) pasando por un momentáneo equilibrio (1898) entre ambos extremos.

Conviene, pues, dar somera noticia de los ocho actores principales de la aventura cuyo horizonte solía ser el de un nuevo Orden mundial. Como el que se ofreció en la Carta de San Francisco, tras la derrota de las potencias del Eje (tanto en el Atlántico como en el Pacífico), una vez corregidas las desviaciones.

1. Karl Ritter (1779-1859), discípulo directo del sabio Alejandro Humboldt, dio (como geógrafo) un gran impulso a la vida universitaria en Berlín, a partir de 1820. También enseñó geografía en la Academia Militar. El título de su obra fundamental es Geographisch-statistisches (1804-1808). Puso de relieve la notable influencia del medio físico en la vida del hombre.
2. Friedrich Ratzel (1844-1904) prolongó las enseñanzas de Ritter en la Universidad de Munich, introduciendo el concepto de área cultural. Sus dos grandes obras son Anthropogeographie (1882-1895) y Politische Geographie (1897). Es una especie de biogeografía que desemboca en una sociografía con el acento puesto en lo político. Era en realidad un manual del imperialismo donde el dominio del mar será la verdadera fuente de la grandeza nacional. Según Ratzel, un objetivo éste que debería tomarse en serio Alemania, una vez unificada, frente a Inglaterra.
3. Sus discípulos, Walter Vogel, Otto Maull y Erich Obst fueron exagerando el carácter político de las nociones de geografía económica, de paisaje cultural y de instinto geoestratégico. Es éste, el propio de los años treinta, exactamente el ambiente que encuentra el nacionalsocialismo de los hitlerianos.
4. Rudolf Kjellen (1864-1922), geógrafo sueco de muy amplios horizontes, será quien coloque todos los conocimientos científicos sobre el espacio, bajo el rótulo de la Geopolítica. Él es quien formula la doctrina del Estado como un organismo geográfico viviente. El Estado es una forma de vida que tiende hacia la autarquía económica y a cuyos fines todo debe subordinarse. Su obra clásica es Problem of the Three Rivers (Rin, Danubio, Vístula). Es la apoteosis de un Estado Continental europeo, absolutamente hegemónico a medio plazo.
5. Alfred Thayer Mahan, (1840-1914) marino norteamericano (nacido en la Academia de West Point, donde su padre, militar, ejercía el profesorado) dará un salto cualitativo con sus sugestivas lecciones de historia dictadas en la Escuela de Guerra Naval. La obra magna es The influence of Sea Power upon History (1660-1783), aparecida con notable éxito en 1890. Completa su cosmovisión oceánica con dos libros más, The influence of Sea Power upon French Revolution and Empire and Empire (1892) y Sea Power in Its Relations to War of 1812 (1905).
6. Halford Mac-Kinder, (1861-1947) geógrafo británico, le dará la vuelta a las ideas del almirante Mahan en las fechas consiguientes a la implicación norteamericana en la Guerra contra España del 98 (Cuba y Filipinas). En Geographical Pivot of History dará su versión más continentalista, mucho más enfatizada aún que la naval norteamericana. Lo que llama pivote geográfico de la historia (o corazón del mundo) es, exactamente, lo que se tiene preconizado: un dominio geopolítico absoluto si no se le pone remedio con una geopolítica inteligente por parte de las potencias marítimas.

Mac-Kinder, ya en 1904 explicaba a las grandes potencias la existencia de un esquema territorial en tres amplios semicírculos: a) el que comprende al Área

Pivote (corazón del mundo) que es la suma de lo más continental y menos costero de Asia y de Europa; b) el que circunda al Pivote (o semicírculo marginal interno) que será el escenario de las grandes conflagraciones y c) el insular (o semicírculo marginal externo) que tiene como tierras extensas únicamente al África Subsahariana y a Australia (continente australiano).

7. Julius Douhet (1869-1930), un aviador italiano que había sido muy crítico con la política militar de la Monarquía de la Casa de Saboya en los preliminares de la Gran Guerra, se verá rehabilitado en 1918. Y presentará sus teorías sobre El poder aéreo y El dominio del aire (1912), ofreciendo unas salidas al debate de Occidente abierto entre las dos grandes guerras. Una salida, para los que encuentran la clave del poder político y económico en el tráfico marítimo y otra, para los que lo garantizan sobre la posesión de las fuentes continentales de energía y de materias primas.
8. Karl Haushofer (1869-1946), su riguroso contemporáneo alemán, desdeñará la deriva aérea del italiano Doudet hacia una geoestrategia que, como la de su compatriota Eberhard Billeh (1937), convierte al avión en la esencial fuerza geopolítica. Haushofer, profesor de Geografía de la Universidad de Munich desde 1919, recuperará la vieja síntesis de geografía política y de geografía económica sin desdeñar a la síntesis (más tradicional) de geografía física y geografía humana. En realidad, convierte a la geografía más activa en un arma para la guerra.

Haushofer fue la culminación de la tendencia que ya se podía haber percibido en Ratzel y detectado en Kjellen. Ciertamente que todo estudio geopolítico no tiene porqué derivar hacia una teoría del poder, hacia una cratología. Pero en sus concretas circunstancias –la era occidental moderna de las dictaduras (1917-1945) - reflexionar sobre la estabilidad del Japón para desestabilizar a Inglaterra y no llegar a ninguna solución estable sobre lo que debería estimularse en la Unión Soviética (o en los Estados Unidos de América) era una terrible imprudencia, cualquiera que fuera la ideología subyacente en la propuesta que brotó de su mente e impresionó tanto a Rudolf Hess como a Adolf Hitler.

Los textos que se citan a renglón seguido quedan centrados en el ámbito de la geoestrategia. Y por analogía en las estrategias totales o globales que estaban vigentes a mediados del siglo XX. Los mismos autores han escrito otras obras, quizás más significativas pero menos atinadas al concepto de geoestrategia.

- ARON, Raymond.- Un siglo de guerra total. Guerras en cadena. Editorial Rioplatense. Buenos Aires (1973).
- BRODIE, Bernard.- Guía para la estrategia naval. La estrategia en la era de los misiles (1971).
- BUZAN, Barry.- Introducción a los estudios estratégicos. Tecnología militar y Relaciones Internacionales. Editorial Ejército (1990).
- CELERIER, Pierre.- Geopolítica y Geoestrategia. Ediciones Pleamar. Buenos Aires (1979).
- DOUHET, Julius.- El poder aéreo. El dominio del aire. (1921).
- FULLER, J.F.- La dirección de la guerra. (1955).

- MAHAN, Alfred Thayer.- La influencia del poder naval en la historia (1890).
- MACKINDER, Halford.- El pivote geográfico de la historia (1904).
- MAO-TSE-TUNG.- La guerra prolongada. Ediciones Roca. México (1973).
- PARET, Peter.- Desde Maquiavelo a la era nuclear. (1980).

5.- CONCEPTO DE GEOPOLÍTICA

¡Claro que una teoría geopolítica del poder siempre dará por supuestas tantas teorías geopolíticas como presuntos imperios incoados o pretendidos! Algunos Gobiernos se pondrán, audazmente, a la vista y al servicio de la ampliación del espacio vital del que precariamente gozaban cada uno.

Los argumentos de cada teoría se consideran válidos únicamente para algunos de los Estados emergentes (que no decadentes). El geógrafo francés del último tercio del siglo XX, Yves Lacoste, había descalificado al denominado darwinismo social del anglosajón Herbert Spencer al ver puestas sus obras sociológicas (ingenuamente) al servicio de los dos totalitarismos europeos, el de Lenin (1917) y el de Hitler (1939), incoados ambos tras la muerte del gran sociólogo del evolucionismo.

Ya en plena guerra fría (hacia 1953) se hablará de una estrategia de las fichas del dominó mundial, dispuestas de tal modo para que una vez derribada la que tenemos a nuestro alcance vayan cayendo todas las demás. Este es el léxico de todos los imperialismos... <<quien domine, por ejemplo, un lado de un estrecho marítimo, una cabecera del valle del río a la larga muy caudaloso, una periferia de una masa continental, unos collados de paso obligado de una cadena montañosa etc. dominará más y más territorios.>>. Lo que dominará es mucho más grande que lo que podría dominarse desde ahora mismo con un golpe de audacia.

Los geopolíticos y los geoestrategas que estaban a favor de esta tendencia expansiva de su nación tenían fija en su mente la forja de una cierta forma de Imperio. La tenían como si fuera la única forma de anticipar el futuro de la Humanidad. Fue la hora, más bien geohistórica, de las grandes interpretaciones del devenir de las civilizaciones.

El historiador José Luis Comellas de la Universidad de Sevilla, en su excelente obra sobre Los Grandes Imperios Coloniales, inscribió a la mentalidad subyacente en los dirigentes de las primeras potencias mundiales en una Geohistoria, que en realidad quería ser tenida como si fuera sólo una buena geografía para profesores (nunca para su empleo por estadistas o para uso de los mesiánicos hombres de Estado que la adoptaron).

“La palabra <<potencia>>, en el sentido de Nación-Estado, poderosa y capaz de influir en el destino del conjunto se consagró justamente a raíz del fracaso de uno de los intentos de constituir un poder de fuerza extraordinaria, el Imperio napoleónico”.

Se miró entonces a las ciencias geográficas como no se las había mirado nunca, es decir, buscando en ellas una orientación para que los nuevos intentos de <<constitución de un poder de fuerza extraordinaria>> (Leviatán) no fracasaran del

mismo modo que había fracasado el de Napoleón. Lo ratifica Comellas con estas palabras:

“Hay un momento histórico en que Leviatán se desarrolla más que nunca. Este aumento corresponde en la mayor parte de los países de Europa a los años que siguen al ciclo revolucionario de 1848. Casi todos los historiadores que han tratado de la revolución del 48 están de acuerdo por lo menos en una cosa: el aumento del poder del Estado como consecuencia de la crisis”.

Aquella Geopolítica (imperial) del XIX fue pronto seguida por una Geoestrategia (imperialista) del XX. Todo el saber acerca del espacio cayó en una posición similar a la de la Geografía (política). Lord Curzon dio con la llave maestra, que manejó Lord Grey y dijeron sucesivamente ambos una misma idea.

“La Gran Bretaña es, después de la Providencia, la fuerza bienhechora más grande del mundo”.

“La Gran Bretaña es el más poderoso instrumento de la Tierra”.

Engels se lo diría a Kautski en 1882, pero ahora en términos más sociales que económicos.

“Lo mismo que los burgueses, ahora, los obreros participan alegremente en el festín del poderío inglés en el mundo y sobre las colonias”.

También Jules Ferry, puesto al frente de la Tercera República Francesa... “predicaba como si fuera una cruzada el deber de Francia de dedicarse a una misión de expansionismo mundial” porque Francia al igual que Rusia tenía un quehacer grandioso en su horizonte.

“Rusia ha nacido, obra de la Providencia, para la salvación de la Humanidad”.

La Geopolítica del siglo XX (que era la geopolítica más moderna) tenía un sólo objetivo. Fijar en un mapa geográfico el lugar donde estaba la llave del mundo para así poder penetrar con mayor facilidad en el centro del mundo.

El marino norteamericano Alfred T. Mahan (ahora más bien desde la Geoestrategia) convenció a muchos políticos occidentales y europeos con esta insinuación malévola, que, en principio, dieron por buena.

“Constantinopla –hoy Estambul- es el <<centro del mundo>> en un doble sentido: en primer lugar allí se encuentra el centro de gravedad de las tierras emergidas; en segundo lugar, es llave de tres continentes, ventaja que no iguala ningún otro punto del planeta”.

A este tipo de Geopolítica le acompañaba necesariamente otro tipo de Geoestrategia. Era el presupuesto de la teoría estratégica que ha predominado desde 1898 hasta la caída del muro de Berlín en 1989.

“El motivo, si no principal, al menos el más universal, el más generalizado de la expansión colonial, fue el ansia de prestigio, el deseo de mostrar ante el mundo, la fuerza, la capacidad de relación de una potencia, sin necesidad por ello de ofender a los demás. El colonialismo tuvo mucho de demostración, de exhibición”.

No se tardó mucho en percibir la peligrosidad de las actitudes aquellas ya generalizadas entre las grandes potencias, cuya realidad apareció antes desenmascarada en el llamado reparto de África de la Conferencia de Berlín (1885). Y para Marruecos, Francia y España en la Conferencia de Algeciras (1906). Lo percibió Hobson entre 1880 y 1902 y poco más tarde Ivan Bloch. Era aquello un gran desvío ético que tendría gravísimas consecuencias para Occidente.

“Lo cierto es que ese imperialismo colonialista, que tanta fuerza física y moral tuvo en su tiempo, duró extraordinariamente poco a escala histórica”. “El Movimiento en toda su virulencia estalló por 1880 y ya en 1902 con la obra de Hobson, empezó a ser criticado”.

Hobson daba una salida. “Para que el imperialismo pueda justificarse, alegando que contribuye a la civilización de las razas inferiores, deberá esforzarse por elevar el nivel moral y económico de éstas en sus propios territorios, conservando en la medida de lo posible los hábitos e instituciones de la vieja sociedad tribal”.

La Geografía Política, la Geoestrategia y la Geopolítica ofrecían por separado sus conclusiones. Sólo la primera de las tres ciencias se mantenía en lo académico puro, oscilando entre los dictados de una Geografía General para el conocimiento del espacio habitado y de una Geografía Aplicada (o activa) para el ordenamiento del territorio. Eran la Geografía (en tanto Estrategia) y la Geografía (en tanto Política) las que habían sido llevadas a la acción en dos planos, el superior para atender a la pregunta ¿Qué debemos saber? y el inferior para contestar al problema ¿Qué tenemos que hacer?

A partir de los tiempos de la Guerra Fría será cuando nos preguntemos tanto gobernantes como gobernados ¿qué debemos saber?, ahora otra vez desde la Geopolítica. Lo hacemos acerca de la más adecuada comprensión de lo que sería un orden estable de relaciones entre los fragmentos habitados de la Tierra y las sociedades que los organizan. Y que se reparten su dominio.

También desde esas fechas (finales del siglo XX) nos preguntamos todos, desde la Geoestrategia ¿qué tenemos que hacer?, quizás para poder alterar el estado no deseado de una situación, por inestable que sea, en nuestro beneficio (mayor) o en nuestro (mínimo) daño (aunque siempre sin decidernos al empleo de la fuerza armada para anticipar el éxito).

Y le damos casi siempre una misma respuesta a las dos preguntas, partiendo de la situación verdaderamente dada para sustituirla por otra que, a nuestro juicio, sea más justa. La Geopolítica quiere saber lo que hay, aquí y ahora, en la realidad social, allí donde la Geoestrategia pretendería hacer lo que debería ser emprendido cuanto antes (en nuestro momento histórico como la mejor oportunidad).

Se nos exige, ahora, una subordinación del quehacer estratégico a la sabiduría política. Política y Estrategia son los dos afanes que se polarizan, el primero y en teoría, hacia la reflexión sobre los fines y el segundo y en la práctica, hacia el empleo de los medios.

La Geopolítica tratará siempre de fijar cuáles son los fines (o los propósitos) de la voluntad del Estado (o de las coaliciones o alianzas entre Estados) para resolver sus conflictos. La Geoestrategia estudiará cuales son los modos más adecuados para obtener desde la verdadera situación atravesada los mejores resultados a través del uso racional de los medios disponibles, aunque se incluya a los medios militares entre ellos como última razón.

La ordenada sucesión de una reflexión geopolítica y de una visión geoestratégica (ambas sobre una misma situación concreta) debería dejar bien determinadas las tareas que se encomiendan a los mandos titulares a cargo de los recursos y de los medios, materiales y personales. La ejecución de las tareas pendientes va siempre más lejos del límite donde se detiene la Estrategia, que es el mismo que el del arte operacional. Prioriza a la Diplomacia, es decir, al juego de las relaciones internacionales. Y aún confía más en las Políticas de seguridad y de defensa, si se proyectan con clara voluntad de ser colectivas, comunes, compartidas etc... y nunca unilaterales.

El preciso y riguroso reconocimiento de los medios y de los recursos que están al alcance del poder, y por ello mismo, disponibles, corresponde a otras esferas del arte de actuar (que en términos tradicionalmente militares se concretan en la Táctica y en la Logística de las unidades). Son éstas dos esferas del conocimiento, ambas diferentes de la Estrategia que más aún lo son de la Política.

Ahora bien, desde mediados del siglo XX, la Táctica y la Logística, como ciencias de aplicación, se vienen mostrando en su desarrollo doctrinal ajenas a las enseñanzas de la Geografía Política. Lo que no quiere decir que se abstengan de la Topografía y de la Geografía Física para fundamentarse como lo que son, unas ciencias aplicadas.

El parentesco con la Geografía, tanto de la Política (entiéndase internacional) como de la Estrategia, (entiéndase operativa) tiene su correlato con el parecido que existe entre la Topología (entiéndase cartográfica) y el conjunto de normas de Táctica-Logística (entiéndase de campaña). Será así, de manera evidente, en el ámbito de las operaciones en campo abierto (todavía previsibles) que se habrán de emprender cuando un conflicto grave así lo requiera.

La Geoestrategia establece, no tanto el volumen o la calidad técnica de los recursos materiales y de los medios personales en juego, como los modos de proceder que han

de considerarse más eficaces para satisfacer los fines que ella nunca fija porque le vienen dados por la Geopolítica. Tal es desde finales del siglo XX, el mismo espacio (socializado e internacionalizado a un tiempo) donde también se instalará necesariamente la Ética, es decir, la obligada calificación moral de los propósitos, de las obligaciones, de los deberes y de los imperativos legales listos para legitimar todas y cada una de las acciones de fuerza.

La Geoestrategia es un arte sobre modos de operar. Esta es la primera condición que tiene que cumplir para legitimarse. La elección del modo correcto de operar que (en una situación concreta) tiene que realizar un peculiar actor político, marca el momento culminante al que no se deberá llegar por pura intuición sino por razonamientos claros y lúcidos.

Toda Geoestrategia –tanto las estrategias de los industriales y de los comerciantes, como las de los equipos electorales, o de los tribunales judiciales etc... sin excluir a las de los preparadores deportivos, -desembocan en una elección del modo correcto de operar. La responsabilidad quedará depositada en un actor principal al que se le llamará el gran estratega de su propio bando, si la operación sale bien.

Para diagnosticar un presente ingrato y para pronosticar un futuro mejor cada actor principal tiene a su lado varios actores secundarios. Estos no responden del designio elegido por el estratega para el conjunto de actores aliados aunque lo pueden condicionar. La apreciación global de la situación ha de contar con un posible y previo fraccionamiento de la situación general en situaciones particulares. Omitir esta circunstancia será más grave en las coaliciones ocasionales de varios Estados soberanos que en las alianzas firmes ya consolidadas durante toda una época, como ocurrió durante la Guerra Fría al confrontarse el Pacto de Varsovia con la Alianza Atlántica.

Al final del decenio de los años cuarenta hubo pues de decidirse en Occidente un cambio radical en los modos de pensar. En realidad, cambiaron las grandes actitudes de los <<grandes actores del drama>>. Y todos, -Estados Unidos, Unión Soviética, Europa Occidental y China sobre todo- entraron en una nueva era. Y para esa nueva era, en las Universidades, se incorporó el nuevo concepto de Geohistoria que ya estaba utilizando Arnold Toynbee.

6.- GEOHISTORIA

La Introducción a la Estrategia del general francés André Beaufre (1902-1975) había supuesto un salto en la evolución de las ideas estratégicas, de hecho, ocurrido al hilo de la Guerra Fría. Es un mérito que le reconoció el propio tratadista británico entonces de mayor prestigio en Occidente, Liddell Hart, con estas palabras:

“La Introducción es el tratado de estrategia más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que haya sido publicado en el transcurso de su generación”.

Liddell Hart le aventura a Beaufre las grandes posibilidades que tenía el libro de convertirse (al margen de lo que ocurriera con las obras posteriores de de Beaufre, sobre disuasión y acción o sobre la guerra revolucionaria) “en una obra clásica, en un manual de esta disciplina” (Prefacio de la 1ª edición de 1963).

Beaufre vislumbraba la posible globalidad del nuevo concepto de estrategia, más allá de donde le dejaron Jomini, Clausewitz, Moltke y Foch. Era una globalidad que implicaba a todos los sectores del Estado moderno y que obligaba en materia de Defensa y de Seguridad a una más estrecha relación entre estrategia y política.

Sus tesis, muy pronto compartidas (aunque también discutidas), aparecieron en plena carrera armamentista y en el momento más vivo del proceso descolonizador. Se suponía inevitable (y plausible en determinadas condiciones) el uso táctico, es decir, efectivo en el campo de batalla del armamento nuclear y de las armas de destrucción masiva.

El efecto del libro de Beaufre sobre los estudios estratégicos quedaba claro que sería notable. La estrategia no se reduce a estrategia militar. Transciende como inevitable desarrollo de la mera conducción operativa de lo que se empezó a llamar guerra total. Y requiere que los ahora presuntos adversarios Este-Oeste midan los riesgos y tomen como elemento de la nueva situación al miedo sobre las consecuencias materiales y morales de su uso demoledor.

La dialéctica de las voluntades, que emplean la fuerza para resolver su conflicto en un momento dado, habrá de ser “un sistema de pensamiento y un modus operandi”. Tendrá, al menos, tres capítulos en escalada:

- El bélico convencional u operativo.
- El tenso de la estrategia nuclear o disuasorio.
- El insidioso de la estrategia indirecta no convencional o subversivo.

Beaufre (y con él muchos tratadistas de condición universitaria incorporados al gran debate estratégico) tomará en consideración como estratégico un contenido algo más amplio que el de la Geopolítica vigente. Entró en contacto con alguna interpretación de la historia universal. Ya no se trata sólo de estrategia de las operaciones militares, sino de un amplio espectro de estrategias a las que Beaufre llamará económica, diplomática, política y psicológica.

“La preparación se ha vuelto más importante que la ejecución. La maniobra en el espacio se convierte en una maniobra de potenciales científicos y técnicos en el tiempo”.

Pero añade el general francés algo más decisivo que una atención preferente al tiempo que también será recomendada por los estrategas de condición civil.

“La evaluación de potenciales, el factor cualitativo moral y técnico, antecede en mucho al factor cuantitativo, lo que hace cada vez más subjetivo el arte de apreciar una situación”.

Y concluye –concluyen casi al mismo tiempo en lo mismo que él muchos otros tratadistas de varias naciones- que la nueva estrategia de la potguerra “constituye un arte de aplicación permanente, tanto en estado de guerra como durante la paz”, en definitiva, una estrategia global.

“La estrategia es el único método de análisis que permite prever y evaluar los riesgos para así prevenirlos, o al menos reducirlos, preparando así el camino para la decisión política”.

“La estrategia global constituye así uno de los medios más importantes del arte de gobernar”.

Y es que una de las tendencias generales académicas que los estudiosos del sentido de la Historia Universal desarrollaron al hilo de las dos Grandes Guerras Mundiales fue la que podríamos denominar Geohistoria. Con el auge de los estudios geohistóricos se pretendió corregir los males del determinismo geográfico, reemplazándolos con el probabilismo a su vez derivado del signo de los tiempos.

Como género literario la Geohistoria resultó muy atractiva. Se aceptó con mayor credibilidad cuando se fundamenta en cálculos y en informaciones, que es lo que pretendió la Prospectiva si actúa como ciencia. Por ejemplo, cuando Herman Kahn (a su lado, Anthony Weiner) presentó su magna obra El año 2000 (1965) dejó (o pretendió dejar) de alguna manera bien orientadas todas las políticas y todas las estrategias. O bien se acelera el proceso previsible o bien se aminoran los efectos negativos al seguir una u otra línea de acción: la que respeta los pronósticos y la que los desdeña.

El primer empeño geohistórico del siglo XX pudo ser el de Oswald Spengler (año 1920 y siguientes) en la Decadencia de Occidente y el segundo, el de Arnold Toynbee (año 1950 y siguientes) en Estudio de la Historia (varios tomos). Pero el hábito (o la pretensión) de adelantarse a los acontecimientos, todavía no ha cesado. Lo percibimos en Auge y caída de las grandes potencias, de Paul Kennedy (1987); en Las guerras del futuro de Alvin Toffler (1993), en El nuevo y el viejo orden mundial de Noam Chomsky (1999), en El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial (1993) de Samuel P. Huntington y en El Fin de la Historia y el último hombre de Francis Fukuyama (1992).

En realidad, se trata de cosmovisiones, de visiones de conjunto, de grandes pronósticos inexorables, que ya no se presentan como fatalistas o catastróficos sino, únicamente, como probables a medio y a largo plazo, sea por la fuerza de la razón, sea por la naturaleza de las cosas.

La Estrategia, la Geoestrategia y la Geopolítica, en principio, se sienten enriquecidas por la Geohistoria. Normalmente, se mantiene por sus estudiosos (hoy con mayor prestigio) una atención preferente al comportamiento de los dirigentes de las grandes potencias (o de los grupos sociales emergentes con creciente peso en la vida colectiva).

Las tres consideraciones hoy más reiteradas –la que viene de las políticas de seguridad, la que se materializa como políticas de defensa y la que podría deducirse como propia de políticas militares–, se reconocen afectadas por las ideas dominantes en cada tiempo y circunstancia. De hecho, cada estudioso se sabe colocado en línea con unas cosmovisiones (o interpretaciones) del sentido de la Historia y en oposición con otras, a las que descalifica por razones éticas.

Brzezinski en La gran transformación y en Vivir con una nueva Europa (2002); Henry Kissinger en Diplomacia (1966); Saúl Bernard Cohen en Geografía y Política en un mundo dividido (1963); J.M. Collins en La Gran Estrategia (Profesores y Prácticos) y Nicholas J. Spykman, en La Geografía de la Paz (además de Lawrence Freedman en La evolución de la estrategia nuclear) nos ofrecen brillantes cosmovisiones cuando no situaciones, estados de la cuestión debatida, panoramas estratégicos, etc. Lo expresa muy bien este título, de uno de ellos, del primero, El tablero mundial. Otros autores asumen un fuerte grado de globalidad al que también los recientes estudios estratégicos son muy sensibles. La Prospectiva aventura que habrá grandes cambios en amplias regiones. Nunca se pronuncia sobre cambios incoados para localidades menores.

Todos los autores y los textos de ellos ofrecidos como de Geohistoria reflejan distintas versiones sobre la implicación de lo geográfico en las políticas que son, a su juicio, las más expresivas del siglo XX. Son escritores geopolíticos, pero meditan con la mentalidad de geohistoriadores. Se les cita por orden alfabético, pero deben consultarse sus obras en orden cronológico de aparición.

- ANCEL, Jacques.- Geopolítica (1938).
- BLOCH, Ivan.- La guerra futura (1898)
- COHEN, Saúl Bernard.- Geografía y Política en un mundo dividido (1963).
- COLINS, S. GRAY.- Gran estrategia (1991).
- GALLOIS, Pierre.- Geopolítica. Paradojas de la paz (1992).
- FREEDMAN, Lawrence.- La evolución de la estrategia nuclear (1981).
- HAUSHOFER, Carl.- Poder y espacio (1936).
- HUNTINGTON, Sam P.- El choque de civilizaciones y el nuevo orden mundial (1987).
- KENNEDY, Paul.- Auge y caída de las grandes potencias (1987).
- KISSINGER, Henry.- Armas nucleares y política internacional (1962).
- KJELLEN, Rudolf.- El Estado como forma de vida (1916).
- LACOSTE, Yves.- La geografía, un arma para la guerra (1977).
- MACKINDER, Halford.- El pivote geográfico de la Historia (1904).
- RATZEL, Friedrich.- Geografía de los Estados, del comercio y de la guerra (1903).
- RECLUS, Eliseo.- El hombre y la tierra (1885).
- SPYKMAN, Nicholas J.- La geografía de la paz (1944).

- STRAUSZ-ZHUPE, Robert.- Geopolítica, la lucha por el espacio y el poder. (1945).
- VICENS VIVES, Jaime.- Tratado general de geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico. (1950).
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul.- Principios de geografía humana (1921).
- WALLERSTEIN, Immanuel.- Geopolítica y Geocultura. Ensayo sobre el cambio del sistema mundial (1991).

7.- CONCLUSIONES

Si algo enseña la Geografía Política es a localizar mejor, en primera instancia en el mapa, los fenómenos de la posible conflictividad. Casi siempre será conveniente para el tratadista el hecho de incrementar la ya lograda localización de los conflictos, reduciendo su zona de influencia. Hay que evitar la generalización y la internacionalización de los conflictos. Y nada ayuda más a lograrlo que teniendo bien cartografiada la presencia del grupo social o político que de hecho apela a la violencia de las armas para lograr sus fines con alguna reincidencia.

Si algo enseña la Geoestrategia es a localizar, en segunda instancia, los precisos orígenes de las agresiones realmente amenazadoras y de las rutas hacia o desde donde los “santuarios” de los agresores se nos convierten en los objetivos que deberían estar a punto de ser asaltados para su inmediata reducción por fuerzas militares enviadas con las debidas licencias por las Naciones Unidas.

Si algo enseña la Geopolítica es a localizar, en tercera instancia, por donde andan ocultos los núcleos de poder desde donde se toman las más indeseables iniciativas. En los estudios geopolíticos, la globalización relevará a la primera localización en la misma medida en que la modernización técnica del agresor enmascare los despliegues fluidos de estos núcleos hostiles a la paz. La Geopolítica, si es verdadera ciencia, ya habrá aprendido a buscarlos en cualquier lugar por escondidos que estén. Aunque no siempre se actúe por sorpresa contra los “santuarios” de los agresores con plena oportunidad.

Lo que nos dice sobre la importancia de las coyunturas temporales el geógrafo francés Pierre George en su Geografía Activa vale para la Geografía Política. No tanto para la Geopolítica.

“Toda geografía es una ciencia del espacio en función de lo que ofrece o aporta a los hombres y también una ciencia de la coyuntura y de los resultados de las sucesiones de coyunturas”.

Habrá, pues, que incorporar (también a los estudios geopolíticos) una reflexión sobre el tiempo. La Geografía Física de Max Derreau (1961) ya lo anunciaba como una exigencia para el investigador.

“La Geografía Humana es la ciencia de las relaciones múltiples que explican la instalación de los hombres y sus modos de vida dentro de un marco espacial.”

Y es que cada acontecimiento (si fuera previsible como un fenómeno bélico amenazante) debe ser abordado desde tres perspectivas geográficas que están (crecientemente las tres) abiertas a la reconsideración sobre el momento (o coyuntura) en el que se produjo la amenaza realmente.

- Primero: la perspectiva propia de la tradicional Geografía Física, afirma que suele ser determinista. El determinismo del factor físico nos dice que ella <<manda>> (la Geografía), aún sin dejar caer en la misma cuenta y razón al factor humano, al estudio del factor humano.

- Segundo: la perspectiva propia de la clásica Geografía Humana, nos dice que ésta suele ser probabilista. Se opina entonces que la Geografía <<enseña>>. Muestra lo que pasará casi con certeza.

- Tercero: la perspectiva propia de la todavía más moderna Geografía Económica, subraya que ella suele ser posibilista. Se concluye que esta Geografía nos <<aconseja>>. O nos recomienda nada más, unos objetivos como preferentes a otros.

Ahora bien, tanto la Geografía política como la Geopolítica (y también las Geoestrategias subyacentes) en la realidad histórica del fin del siglo XIX, con ligereza suma, jugaron casi siempre la baza del determinismo geográfico. Tanto el saber de aquellos maestros (geopolíticos) como el de estos discípulos (geoestrategas) se creyeron secundados por el Poder (político). Y ello les supuso a todos ellos una gran debilidad teórica a la hora de fijar las bases de una estabilidad interestatal en el mundo (sin guerras en particular) que nos decían estaban preparando.

Lo más correcto (o lo más prudente como método) sería partir de lo posible, pasar a lo probable y no llegar nunca a lo previamente determinado como fatalidad. No hay grandes inercias, sino más bien, una suficiente capacidad de enderezamiento del rumbo equivocado. Resulta, pues, obligado atender al cuidado de lo éticamente correcto y jurídicamente acordado como norma válida, si se quiere prevenir a las gentes de las concretas conflictividades en curso y evitarlas a tiempo.

Siempre existe el riesgo de entregarse sin más a la prospectiva que surge de los datos estadísticos, si lo que se quiere saber es ¿qué va a pasar? Hay que ir más allá tanto del ¿qué debemos saber? como del ¿qué tenemos que hacer? Dadas unas cifras de paro laboral, de actos delictivos, de inflación monetaria etc...se suponen los lugares de las posibles insurrecciones, de los alzamientos, de las agresiones etc... O mejor, se temen... Pero la solución sólo está en el horizonte cuando el poder político mira en la buena dirección para contemplar a las situaciones realmente dadas con plena objetividad.

Lo más correcto sería no renunciar a ninguno de estos cuatro niveles de contemplación de las grandes realidades regionales. Son el de la Geografía General, el de la Geohistoria, el de la Geopolítica y el de la Geoestrategia. Los balances respectivos

deberán ser coherentes. Irán desde lo muy genérico hacia lo muy concreto o específico.

La ayuda conceptual al estratega tanto por parte del geógrafo general como del geohistoriador permite eludir los grandes errores. Por ejemplo, nos alertarán ambos sobre la improbabilidad de un choque de civilizaciones y sobre la probabilidad de otros conflictos algo menores pero también graves.

Quien busca poseer el dominio teórico de las mayores generalidades, (para así conocer mejor al hombre ya organizado sobre la superficie de la tierra) debe estudiar, por separado, lo que ahora están siendo las luchas abiertas (particulares pero de carácter global) por las fuentes de energía y por las materias primas. Y también las peculiares tendencias (vigentes en la actualidad) de las culturas y de las civilizaciones más arraigadas. Será el caso del geógrafo general (aséptico) y también del geohistoriador (que sepa permanecer atento a las cosmovisiones). Éstas en lo político sólo están relativamente vigentes en nuestro tiempo, región por región, nunca en todo el globo al mismo tiempo.

Quien busca el seguimiento riguroso de las concretas particularidades de un conflicto que surgen dentro de un escenario (o el seguimiento de una concreta situación de duración media) estudiará las pérdidas de estabilidad más aceleradas que surgen desde el seno de los grupos sociales que tomarán antes conciencia de sus vulnerabilidades y de sus riesgos de sobrevivencia. Será el caso de los geopolíticos y los geoestrategas que sepan adivinar (todavía con tiempo por delante, cuando se ponen a hacerlo) y localizar los odios y los miedos, que día tras día ponen a las colectividades en crisis.

He aquí cual sería el orden lógico para la elaboración de los cuatro balances de por sí geográficos:

Es Geografía General la geografía de los geógrafos descriptivos. Sus trabajos localizan, habitualmente con seguridad, el lugar de los grandes intereses donde anidan (o se rearmen) los grupos sociales dispuestos a luchar por ellos contra quienes se les pongan por delante.

Es Geohistoria la geografía de los profesores aunque no todos ellos se muevan con soltura por los textos de historia. Caracterizan bien a las épocas y a sus periodos como tiempos propicios para el desmesurado crecimiento de ciertas actitudes de desequilibrio o de cambio acelerado.

Es Geopolítica la geografía de los políticos, aunque no todos ellos participan en el mismo grado de las mieles o de las hieles del poder. Son los políticos más activos quienes tienen más prisa por salir de los conflictos (o por demorar su estallido aunque solo sea durante cierto tiempo) y son ellos los que se ponen antes a favor de un orden de seguridad colectivo.

Es Geoestrategia la geografía de los Estados Mayores, aunque muchos de sus titulares (en el Estado Moderno) tengan acreditada una verdadera condición civil por su formación también universitaria. Son ellos quienes (en tanto estrategas) frecuentemente proponen por adelantado al dirigente en el Poder ejecutar con alguna prisa los movimientos o los gestos que desemboquen en algunas acciones de corta duración (o en disuasiones de duración media) entendidas como males menores en relación con el mal mayor que sobrevendría, si no se hiciera nada todavía, con la guerra.

No nos sorprende que Ives Lacoste desde la Universidad Francesa (hacia 1968 y siguientes) dejara dicho de la Geografía, todavía sin adjetivar como verdadera ciencia, que era un arma para la guerra. Es evidentemente una exageración; pero no se puede pensar en términos geopolíticos o geoestratégicos sin tomar en cuenta la posibilidad del desvío. Porque, claramente, la primera mitad del siglo XX resultó ser una época en la que, a la vez, varias ideologías con pretensiones de globalidad utilizaron a los estudios geográficos para legitimar sus agresiones de carácter bélico o revolucionario.

Tres ciencias, (Geopolítica, Geoestrategia y Estrategia) se han venido ocupando de la impronta del Estado en la ordenación del territorio (tanto de América como de Europa y del resto del mundo). Las Naciones Unidas, la Sociedad de Naciones, los Estados Unidos, las Confederaciones o las Federaciones de Estados etc... no son sino las manifestaciones de un único empeño, el de la feliz construcción, sea del Estado ideal, sea de la Sociedad perfecta, sea del Jardín del Edén, sea del Paraíso en la tierra. Todo ello ha venido teniendo un mismo presupuesto ético, que es al que desde ahora más bien denominamos una propuesta de un NUEVO ORDEN MUNDIAL.

Claro que esta utopía (que ahora se manifiesta sólo terrestre, sólo terrenal o sólo mundanal; pero nada escatológica) va en contra de la que había venido siendo una ideología a favor de la fuerte impronta del Estado en la ordenación de los territorios, al menos durante los últimos cien años. La propuesta de un mundo sin fronteras, ya había sido puesta en el horizonte de algunos Estados poderosos, pero sin lograr que éstos se olvidaran de la inviolabilidad de las fronteras que fueron ratificadas como las suyas al punto.

Retengamos lo esencial del trance de la revisión de fronteras por las Naciones Unidas como si éste hubiera sido el de la coexistencia de dos maneras o de dos varas de medir, una hacia dentro y otra hacia fuera de "mi espacio vital", el de los propios derechos de cada soberanía territorial. En la lucha entre las dos Coreas se vió claro que no servía el mero respeto a un paralelo geodésico.

Ha habido en juego hasta cuatro niveles de contemplación. Y esto tanto para la Geopolítica que se quiera dotar de una Geoestrategia (como de ésta para dotarse de una Estrategia operativa). Son el nivel de la Geografía General, el nivel de la Geohistoria, el nivel de la Geopolítica y el de la Geoestrategia (propriamente dichas).

Hay vigentes en Occidente y quizás, también en un mundo sólo en parte ya globalizado: una Geografía General, que es la de los geógrafos descriptivos; una

Geografía Histórica que es la de los profesores; una Geografía Humana, que es la de los políticos y una Geografía Física, que es la de los Estados Mayores (a la que podríamos identificar con la Estrategia que quiere ser operativa). Sus tres sucesivos tiempos de actuación serán, el de un debate, el de un juego y el de un combate para cada cuestión disputada en particular.

El debate (político), que es lo que desde antaño precedió al designio (estratégico) pronto será lo que luego determinará el juego (operacional) o la puesta en acción (combate) de una resolución (táctica). Se realiza, actualmente, para disuadir en periodos de paz o de relativa seguridad. Allí donde ni la seguridad ni la defensa parecen estar amenazadas (es decir entre los pueblos más civilizados) también aparecerán de nuevo como necesarios algunos debates. Son algo necesario para que se no inicie un nuevo ciclo de juegos y de combates, a favor de la resolución del conflicto ahora sobrevenido mediante las armas.

Cabe pues seguir una o las dos de estas dos tareas, y por este orden, 1.- debatir sobre tener (o no tener) una sana economía o sobre disponer (o no disponer) de unos presupuestos de modernización de las Fuerzas Armadas que estén más o menos pendientes del orden de seguridad, del estado de defensa (o del estado ya declarado de hostilidades) y 2.- polemizar sobre doctrinas de empleo de la fuerza para priorizar un tipo u otro de armas y de material. La pregunta definitiva estará en decidir entre el incremento específico a) del poder “marítimo” –la Real Armada; b) del poder “terrestre” - los Ejércitos Reales- y c) el poder “aéreo”- el Ejército del Aire, que habrá de ser característico de las políticas de defensa, por ejemplo de la Nación Española.

Todo ello habrá de practicarse, primero, en la esfera del pensamiento (como algo más académico que ideológico) para que sirva de guía para la acción, al menos durante periodos de notable duración temporal. Porque sólo si una política estatal permanece vigente varias décadas en materia de seguridad resultará efectiva para la construcción duradera de la paz.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

1. **KENNEDY, Paul.-** Auge y caída de las grandes potencias (1987).
2. **FUKUYAMA, Francis.-** El fin de la historia y el último hombre (1992).
3. **HUNTINGTON, Samuel P.-** El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial (1993).
4. **TOFFLER, Alvin.-** Las guerras del futuro, la tercera ola (1993).

Madrid, 17 de agosto de 2010
General de Brigada (R) Miguel Alonso Baquer
Asesor principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos